

**TOPICOS DEL HUMANISMO**

# EL SIGLO XX: PARENTESIS DE HORROR Y MARAVILLA

Carlos Molina Jiménez

Dpto. de Filosofía, UNA

Si consideramos el tiempo transcurrido entre 1914 y 1989, es decir, ese bloque histórico de 75 años que puede llamarse con propiedad el siglo XX, cabe advertir que posee en cierta forma la naturaleza de un paréntesis. En efecto, los afanes y temáticas que se apoderaron de la imaginación y la acción humanas en las inmediaciones de la primera fecha referida, mantuvieron la primacía durante décadas y perdieron de repente vigencia en el corto lapso simbolizado por la otra fecha consignada. La búsqueda de la igualdad socioeconómica, la procuración colectiva del bienestar generalizado, la redistribución de la riqueza, la transmutación radical del ser humano, tan pronto colmaron el foco de la actualidad como devinieron prescripciones caducas, excluidas de la agenda prevaleciente.

Con la revolución bolchevique de 1917, zarpó el tren de las transformaciones y reformas socialistas que se despeñó en sus propios abismos entre 1985 y 1991. Esto es, en términos históricos, un segundo después de que hubiese intentado unirse al convoy —tan sólo para participar del desastre— el vagón de la revolución nicaragüense.

Por otro lado, las cuestiones que dominaban el panorama en 1914: la confrontación comercial y la pugna por la repartición del mundo entre las potencias, los conflictos étnico nacionalistas\*, la organización económica liberal han vuelto a ocupar el escenario a partir de 1989. Tal parece como si la humanidad hubiese entrado en un trance sonámbulo durante décadas, para hilvanar sueños generosos o aterradoras pesadillas, y por fin despertara y se dispusiese a reemprender los asuntos que había dejado pendientes.

Pero, desde un punto de vista estrictamente político, ¿qué ocurrió esencialmente en los 75 años examinados? ¿Cómo podríamos plantear una caracterización política global de las tendencias básicas de un siglo de apertura democrática, revoluciones, intenciones revolucionarias, reacciones conservadoras, guerras mundiales, campos de exterminio, procesos de descolonización, equilibrio termonuclear, terrorismo, guerrillas y profundas alteraciones en las pautas culturales?

Creo que es preciso señalar, en la raíz de todo lo dicho, un vasto proceso de democratización, definido por el ingreso a la arena política de grandes masas anteriormente marginadas de la vida pública. Esto tuvo lugar tanto en el plano interior, en términos de clases, etnias y género postpuestos; como, en plano exterior, en términos de naciones y sociedades que adquirieron el derecho a la autodeterminación.

Ha de añadirse a ello, que el siglo XX también puede catalogarse como el siglo de las ideologías. Éstas han vehiculado la expresión de los intereses y pretensiones de esos sectores emergentes, así como las respuestas de aquellos otros que se sentían amenazados por su ascenso. En realidad, constituyó una época de polarización ideológica, que tendía a suprimir los espacios donde resulta posible el pensamiento cauto y equilibrado, las posiciones comedidas y la legitimidad de los acuerdos.

Pero fue asimismo el siglo de las utopías, de la desorbitación de la esperanza, el desenfreno de las aspiraciones y el reinado de los ensueños diurnos. Semejante clima intersubjetivo desplazaba el énfasis de la gestión y resolución del presente a la invocación del porvenir. El horizonte de futuro cobró, por tanto, proporciones desmesuradas. Perdió su natural cometido de otorgar proyección al presente —gracias a lo cual el ser humano deviene capaz de orientar en cierta medida el desarrollo de lo dado—, y llegó a detentar sustantividad propia, perfilándose como alternativa (ilusoria) frente a la realidad.

En el terreno del pensamiento sociopolítico, el siglo XX estuvo presidido, en gran medida, por las filosofías de la sospecha, cuyos recursos cuestionadores fueron explotados a fondo por una gran diversidad de corrientes políticas, a menudo con propósitos esencialmente difamatorios. Por esta vía, se llegó con frecuencia a la hipertrofia y autonegación de la crítica racional. Operando con indicios, en última instancia equívocos, y apelando a exigencias (éticas, epistemológicas) maximizadoras, se desembocaba finalmente en el descrédito de los conceptos y dispositivos que hacen posible la sintonización de las voluntades y el consenso razonable.

Pero una vez llegados a este punto de desmontaje y pulverización, no queda otra posibilidad que el dogmatismo. Es decir, la instauración de autoridades con poder suficiente como para dirimir por sí mismas todas las asuntos relevantes; autoridades que han de tener, entonces, la potestad de dictar la ortodoxia y proferir los anatemas que habrán de servir para establecer las desviaciones.

Pero, quizá, la mayor novedad política del siglo XX fue el surgimiento del totalitarismo. Como posibilidad tecnológica y propensión social, éste parece encontrarse presente en todas las sociedades que han alcanzado un grado importante de modernización técnica y económica. Se ha dicho, por ejemplo, que el presidente democrático más limitado y circunscrito por disposiciones legales y constitucionales, cuenta en la práctica con un poder más amplio y efectivo que el del Rey Sol. Es así, pese a que la voluntad de Luis XIV era la ley y su persona la encarnación del Estado.

La diferencia radica en que, en el segundo caso aludido, la definición de las prerrogativas del monarca sobrepasaba el alcance de sus instrumentos de gobierno; mientras que en el primero, sucede estrictamente lo contrario: el presidente tiene atribuciones restringidas, pero su capacidad real de control eficaz e intervención oportuna sobre las situaciones, no habría sido ni siquiera soñada por el absolutista francés.

En el límite, el totalitarismo significa el poder llevado a su paroxismo; esto es, cuando ya no reconoce exterioridad alguna, porque ha incorporado toda la restante vida social a su proceso. Se trata también el poder reconciliado con la participación popular, pero con una participación que él mismo induce y dirige, degradada en mera caja de resonancia de sus determinaciones, en ratificación sin alternativa de sus dictados. Diríase que el totalitarismo no tiene que ser especialmente construido en las sociedades modernas; basta con que no sea específicamente evitado, para que sus manifestaciones empiecen a proliferar.

\* Durante el siglo XX, estos conflictos fueron subsumidos dentro de posiciones ideológicas que promovían distintas modalidades de organización socioeconómica de la colectividad. Por eso, tendían a perder o enmascarar su fisonomía propia.

El antídoto que mejor parece combatir las inclinaciones totalitarias de las sociedades actuales, es el ingrediente liberal de la democracia moderna: el pluralismo, los derechos inviolables del individuo, la garantía de la privacidad personal, las libertades de iniciativa, asociación y expresión. En fin, todos aquellos aspectos que, a veces, en forma desdeñosa, se han tildado de formalismos; pero que son, en definitiva, los que hacen posible la constitución de la sociedad civil. Es decir, de ese ámbito donde se forman y activan voluntades sociales no estatales, capaces de convertirse en contrapoderes y resistir los designios oscuros del establishment.

Pero, ¿qué ha sucedido, en definitiva, con los distintos fenómenos que hemos mencionado? ¿cuál podría ser el recuento actual de la democracia, las ideologías, las utopías, el pensamiento de la sospecha y el totalitarismo?

De las ideologías repararemos ante todo en lo siguiente. Una de ellas fue derrotada por una coalición de todos aquellos a quienes amenazaba, aunque en los últimos años parecen estar surgiendo alarmantes renuevos de la misma especie. Otra fracasó por sí sola, aplastada por su propio peso muerto. Y una tercera sobrevive mostrando grandes arreos de triunfalismo, que bien podrían acentuar en ella los mismos factores que llevaron al descalabro de sus rivales.

Las utopías, por su parte, cayeron en el descrédito en razón de las consecuencias contraproducentes que han provocado. A raíz de ello, se vive ahora una inmensa carestía de futuro. Prácticamente todas las visiones prospectivas subsistentes, muestran un definido carácter catastrofista. Y esto sucede a las puertas mismas del año 2000, que durante largo tiempo fue el emblema fundamental del porvenir.

El siglo XX: Paréntesis de horror y maravilla Carlos Molina Jiménez Dpto. de Filosofía, UNA.

Si consideramos el tiempo transcurrido entre 1914 y 1989, es decir, ese bloque histórico de 75 años que puede llamarse con propiedad el siglo XX, cabe advertir que posee en cierta forma la naturaleza de un paréntesis. En efecto, los afanes y temáticas que se apoderaron de la imaginación y la acción humanas en las inmediaciones de la primera fecha referida, mantuvieron la primacía durante décadas y perdieron de repente vigencia en el corto lapso simbolizado por la otra fecha consignada. La búsqueda de la igualdad socioeconómica, la procuración colectiva del bienestar generalizado, la redistribución de la riqueza, la transmutación radical del ser humano, tan pronto colmaron el foco de la actualidad como devinieron prescripciones caducas, excluidas de la agenda prevaleciente.

Con la revolución bolchevique de 1917, zarpó el tren de las transformaciones y reformas socialistas que se despeñó en sus propios abismos entre eso, la solución puede consistir en expurgarlas de ciertas pretensiones de absoluto que condicionan su manera de formular las cuestiones y, por tanto, el tipo de respuestas prefigurado por esos interrogantes. Únicamente si nos reconciliamos con nuestra finitud, si nos instalamos en la imperfección constitutiva de todo lo humano, podremos esquivar en el punto oportuno la virulencia de esas implacables requisitorias intelectuales.

Respecto del totalitarismo, ha de admitirse que su posibilidad inminente sigue pendiendo sobre la humanidad. La relativa declinación de sus concomitancias ideológicas, no constituye una prueba de que el peligro se haya alejado; porque las bases primarias de este fenómeno político son estructurales y tecnológicas, no doctrinales. Se trata aquí de una opción que se encuentra inscrita y es portada por sus propios medios de realización, de un fin que resulta sugerido por los mismos expedientes que lo hacen posible.

Inclusive, las manifestaciones totalitarias más previsibles probablemente no logren articularse fácilmente en el terreno estatal, donde se han erigido barreras y abortivos más o menos eficaces. Podrían iniciarse, más bien, allí donde se toman decisiones de incumbencia colectiva sin ningún tipo de control por parte de los afectados; esto es, en el campo de acción de las grandes corporaciones económicas que operan a nivel transnacional.

Sin embargo, la única noticia halagüeña que cabe resaltar a propósito del totalitarismo proviene, paradójicamente, de ese mismo ambiente. Atañe a las posibilidades de comunicación interpersonal directa creadas por la informática. Éstas rompen el monopolio de la emisión informativa que poseía el bloque estado-capitalista (considerado en su conjunto) e inauguran un circuito comunicacional a gran escala, fundamentalmente exento de coacciones sociales.

Por su lado, la democracia liberal, en tanto método de selección y control de quienes toman las decisiones colectivas, se encuentra relativamente consolidada, sobre todo en los países centrales y desarrollados. De las propuestas políticas del siglo, ésta es la única que conserva más intacto su prestigio. Al menos en las sociedades de cultura occidental u occidentalizadas, suele contar con el respaldo —con frecuencia más tibio que entusiasta— de una extensa mayoría de la población.

Pero después de haber resistido el acoso y la rivalidad de los totalitarismos explícitos, ella podría encontrarse perdiendo la batalla interna contra la apatía y el privatismo, contra la corrupción, la desconfianza y la frivolidad. A lo cual habría que añadir sus actuales dificultades para preservar y ampliar sus logros previos; así como las secuelas políticas del proceso económico transnacionalizado. Respecto de este último punto, bien podría estar ocurriendo hoy, como ya sucedió en la antigüedad griega tardía, que el curso primordial de los acontecimientos se esté resolviendo en contextos más amplios que el alcance de la institucionalidad democrática.

De ser así, las preguntas cruciales serían las siguientes: ¿podría transnacionalizarse la democracia, es decir, hallar fórmulas y procedimientos que le permitan ejercer sus efectos específicos en ese meganivel? ¿sería posible someter a supervisión y regulación efectivas, por parte de instancias sujetas a responsabilidad popular, las resoluciones de incumbencia generalizada adoptadas por las grandes corporaciones que actúan en dicho plano? ¿podría llegar a implementarse la voluntad de un demos global, con suficiente poder para reglamentar eficazmente los procesos colectivos de dimensiones transnacionales?

La suerte del que cabría considerar el mejor legado político concreto del siglo XX, depende de la manera como logren solventarse estas dificultades.

## EPITAFIO

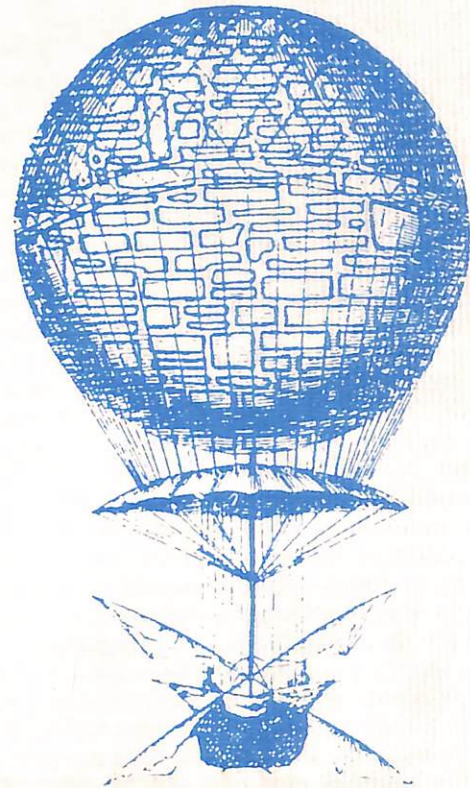
Cindy Abarca Ospino\*

Aquí yace mi soledad reconfortada en el silencio de sus palabras.

En su mirada llena de luz y su sonrisa es remanso de paz que necesita mi corazón para vivir por siempre.

Al fin mi alma ha encontrado la libertad que añora ahora comienzo a vivir.

\* Del taller de Práctica de la creación literaria. I trim., 2001.



## EPITAFIO

Sergio Yépez Cordero\*

Aquí están los restos de quien en vida siempre mantuvo una búsqueda incesante de la libertad absoluta. Ahora la ha encontrado.

\* (Caracas, Venezuela, 1976) De la Escuela de Relaciones Internacionales. Le gusta el fútbol, montañismo, long-board, escribe ensayo, cuento.

## EPITAFIO

Cindy Zúñiga Benavides\*

El silencio ahora es la respuesta de un alma abandonada que ha escapado para vivir en libertad.

Alégrese que hoy he nacido para no morir jamás.

Me caí, lloré, me volví a levantar, pude perder la guerra, hoy gané la batalla...

lo que no me explico es por qué todo el mundo está sobre mí.

\* San José, 10 de junio de 1983. Estudiante de la Escuela de Biología, UNA.

# EL SIGLO QUE FUE\*

Iván Molina Jiménez  
CICLA-Universidad de Costa Rica

Fue, ante todo, el siglo de la guerra. La carnicería de las trincheras que distinguió a la Primera Guerra Mundial (1914-1918) fue sucedida por los horrores de los campos de exterminio durante la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), por las masacres posteriores en Asia y África, y por las víctimas de la Guerra Fría (1945-1989). La sombra en forma de hongo que perpetuamente se levanta sobre Hiroshima y Nagasaki desde 1945 fue el heraldo de un holocausto total que todavía no ocurre, pero que patentiza que el liderazgo, entre las bajas, le corresponde a los civiles más que a los militares. La tragedia de los no combatientes fue la que precisamente proporcionó a este siglo su logo indisputable: una pintura de Pablo Picasso, aunque según se dice que dijo el artista, tal obra no fue concebida y ejecutada por él, sino por la aviación nazi.

Fue, sin duda, el siglo de las revoluciones. La mexicana, iniciada en 1910, que transformó violentamente la estructura social y agraria legada por el porfiriato. La bolchevique de 1917, que forzó la industrialización rusa en detrimento del campesinado y sentó la base para el mundo bipolar posterior a la Segunda Guerra Mundial. La china de 1949, cuya contención por el occidente capitalista fue pagada con creces por los países vecinos, en particular Corea, Vietnam y Camboya. La cubana de 1959, que sobrevive a 40 años de asedio imperial y que, en su momento, contribuyó a hispanizar Miami y a esparcir por toda Latinoamérica la esperanza revolucionaria. La sandinista de 1979, que democratizó a Nicaragua y, en su curso y a su costa, propició el cambio social y político en El Salvador y Guatemala.

Fue, por añadidura, el siglo de los guerrilleros. Los "rebeldes primitivos" de épocas anteriores, que todavía se les podía encontrar entre las filas de los partisanos antifascistas de la década de 1940, dieron paso a una nueva figura histórica, que encontró su mejor expresión en el universo latinoamericano. El prototipo fue un teósofo nicaragüense, César Augusto Sandino, que luchó contra la ocupación de su país por tropas estadounidenses; sin embargo, la expresión más acabada le cupo a un médico argentino, Ernesto Guevara. El rostro repetido del "Che" en miles de camisetas y otros souvenirs, aparte de evidenciar el potencial comercial de este nuevo símbolo, perpetúa una amenaza futura de impugnación del orden establecido. El subcomandante Marcos, localizable vía Internet o con solo marcar el 3615 Zapata, pertenece a ese porvenir.

Fue, indiscutiblemente, el siglo de los estudiantes. Los de Córdoba, en 1918, que veían en la universidad un instrumento para la acción social. Los de París, en mayo de 1968, que corrigieron la admonición bíblica de "amaos los unos a los otros" por "amaos los unos encima de las otras" (consejo que, como se aprende en la práctica, puede ser escrito y observado perfectamente al revés). Los que cayeron en el anochecer de Tlatelolco en el último año indicado, y en Tiananmen en 1989. Los que invadieron Washington para exigir "peace and love". Los que apedrearon la Asamblea Legislativa de Costa Rica en 1970 al canto de "Alcoa no" (algunos de los cuales, varios lustros después, empezaron a gritar "Alcoa sí"). Los que en todo el planeta y junto con sus familias más de una vez se preguntaron, como en la canción catalana de Lluís Serrahima, "¿que volem aquesta gent que truquen de matinada?"

Fue, especialmente a partir de la experiencia fascista, el siglo de los desaparecidos, una práctica en la que, después de 1950, se especializaron las dictaduras del Tercer Mundo y, en particular, las latinoamericanas. La desesperación de Jack Lemmon en "Missing", las angustias de Norma Aleandro en "La Historia Oficial", y la esperanza y la incertidumbre de esas mujeres que bailan solas en la canción de Sting, están sintetizadas en la manifestación cotidiana de las madres de la Plaza de Mayo y de otras a lo largo del planeta que, aunque han liberado los espacios en que desfilan, todavía no pueden, según los versos de Pablo Milanés, detenerse "a llorar por los ausentes".

Fue el siglo del terrorismo y, sobre todo, del terrorismo de Estado. La matanza de 1932 en El Salvador, justificada con la excusa de la lucha contra el comunismo, y las masacres del Kmer Rojo en Camboya en el decenio de 1970, se ubican, junto con las cámaras de gas nazis, en el extremo de un espectro que incluye, a su vez, las purgas y los gulags de Stalin, la "gran revolución cultural" de Mao, la policía racial de la Suráfrica del apartheid, los escuadrones de la muerte latinoamericanos y, en su versión más legal y constitucional, la caza de brujas desatada en Estados Unidos por los inquisidores macartistas. La impunidad que protegió usualmente a los asesinos oficiales —en la práctica, mucho más sanguinarios que el personificado por Donald Sutherland

en "1900" de Bertolucci— fue consagrada por la política de "perdón y olvido" de las "democracias" que florecieron bajo la sombra de los militares a partir de la década de 1980.

Fue, para trastorno de la cartografía establecida, el siglo de la descolonización, ya fuera cercana e interna, como en el caso de Irlanda e incluso el sur de Estados Unidos, o externa y ultramarina. La experiencia paulatina y pacífica de la India, bajo el liderazgo de Ghandi, contrastó con los casos traumáticos de Argelia (1954-1962) e Indochina (1945-1975). El primero contribuyó enormemente a popularizar los shocks eléctricos como forma de tortura, y el segundo fue la base de las guerras de Corea y Vietnam. La independencia de las colonias británicas en el Medio Oriente, toda vez que los ingleses inventaron un Estado judío en Palestina, dejó como legado uno de los conflictos más complejos y violentos posteriores a la Segunda Guerra Mundial: el árabe-israelí.

Fue, desigual, esporádica y limitadamente, el siglo de la democracia. La descolonización de Asia y África fue fecunda en dictaduras de izquierda o derecha, en tanto que los regímenes democráticos, a menudo fuertemente censitarios, de Europa y América Latina, fueron barridos y sustituidos por tiranías militares en el contexto de la crisis de 1930. La Guerra Fría, que contribuyó a consolidar el totalitarismo en el mundo del "socialismo realmente existente", dio un nuevo aliento a la España franquista y al Portugal de Oliveira Salazar, al tiempo que jugó en contra de la democratización en el universo latinoamericano. Estados Unidos (cuya bandera está cosida con "barras de cárcel" y "estrellas robadas", de acuerdo con la gráfica expresión del poeta comunista chileno, Pablo Neruda) coadyuvó a que así fuera, al patrocinar el terrorismo estatal, las "guerras de baja intensidad" y el aborto de dos experiencias claves en Latinoamérica, la de Guatemala en 1954 y la de Chile en 1973.

Fue, para sorpresa del fantasma invocado por Marx y Engels en 1848, el siglo del comunismo. Las revoluciones comunistas —especial aunque no únicamente en Rusia y China— transformaron, en unas pocas décadas, milenarias sociedades campesinas, tecnológicamente atrasadas, en potencias industriales y militares, al tiempo que aseguraron al conjunto de su población condiciones de vida, distantes aún de las del occidente capitalista sin duda, pero sin precedente en comparación con las que tuvieron en el pasado prerrevolucionario. El peligro rojo, a su vez, proporcionó un estímulo decisivo no sólo para la carrera armamentista y espacial emprendida por el capitalismo, sino para que las democracias occidentales consolidaran y profundizaran las políticas sociales iniciadas, tímidamente, por los gobiernos liberales antes de 1914.

Fue, en un sentido decisivo, el siglo de la justicia social y de su crisis. Las políticas públicas en los campos de la educación, la salud y el empleo, que adquirieron una nueva dimensión tras el New Deal de Roosevelt en la década de 1930, se convirtieron en la norma en las democracias occidentales tras la Segunda Guerra Mundial; pero enfrentaron un cuestionamiento y un deterioro crecientes a raíz de la globalización económica y del ascenso político, en la década de 1980, de una nueva derecha, partidaria del "ultra free market", cuyos representantes más conspicuos fueron el contra Ronald Reagan y la amiga de Augusto Pinochet, Margaret Thatcher. Los países más pobres del planeta (varios recientemente descolonizados) y que no fueron transformados por una revolución, comúnmente no ofrecieron a sus poblaciones más que un mínimo de bienestar, el cual bastó, sin embargo, para que explotaran demográficamente.

Fue, por lo dicho, el siglo en que varones y mujeres crecieron y se multiplicaron. La población mundial, que alcanzó 2.000 millones de personas en 1930, se duplicó en los próximos 45 años, proceso que se concentró en el llamado Tercer Mundo, cuyo peso en el total planetario de almas subió de 65 a 73 por ciento entre 1900 y 1975. El control de la natalidad en las democracias occidentales (en particular, en Europa), el aumento excepcional de la productividad agropecuaria en el occidente industrial y el uso combinado del DDT y de los antibióticos en los países pobres (con sus efectos sobre el aumento en la esperanza de vida y la baja en la mortalidad infantil) son los principales factores que explican este incremento y redistribución de los seres humanos a escala global. La explosión demográfica (cuyo ritmo superó el de la producción de alimentos en ciertos territorios de Asia, África y América Latina que fracasaron en sumarse a la revolución verde) contribuyó a agravar el desempleo y la pobreza y a propiciar el éxodo de los habitantes del campo.

Fue, evidentemente, el siglo de las ciudades. La población urbana suponía un 42 por ciento del total

mundial en la década de 1980 y los mayores conglomerados se ubican en el Tercer Mundo: El Cairo, México, Sao Paulo y Shangai. El paisaje social y cultural configurado en estas y otras urbes yuxtapone —en palabras de García Márquez— los "morideros de pobres" con barrios palaciegos y rascacielos de lujo, sistemas de transporte a punto de colapsar con una contaminación creciente, todo en el contexto de una vida cotidiana dominada por el miedo de ser víctima de la violencia criminal o policial. Las operaciones de "limpieza" infantil —los "niños silvestres" de Serrat— son el perfil más ominoso y deshumanizado de unos universos ciudadanos que, gracias a su expansión incontrolable alimentada por la venida de nuevos migrantes, tienden a aproximarse a los evocados por Ridley Scott en "Blade Runner".

Fue, en continuación de su predecesor, el siglo de las migraciones. La del campo a la ciudad fue el principal proceso interno, el cual, aparte de desencadenar la urbanización sin precedente ya descrita, atrajo población de las áreas pobres a las económicamente más dinámicas. Los desplazamientos anteriores fueron complementados por los que se dieron a nivel internacional, cuyo flujo cambió de dirección. El destino clásico (de Europa a América) se modificó a raíz, primero, de las guerras y revoluciones (especialmente los dos conflictos mundiales, con sus saldos consecuentes de refugiados), y después de 1950, debido al desfase en las oportunidades entre países atrasados y adelantados. Los inmigrantes de las excolonias asiáticas, africanas y americanas y de la franja mediterránea europea pronto empezaron a inundar la Europa occidental, al tiempo que Estados Unidos vivía un proceso similar con sus vecinos latinoamericanos. El alza en el racismo y la xenofobia que acompaña a tales movimientos es un fenómeno cultural que se extiende por todo el planeta y del que no escapa siquiera Costa Rica.

Fue, y para constatarlo basta con salir a la calle, el siglo de la contaminación y el desastre ecológico. Las viejas chimeneas del Londres dickensiano fueron el augurio de una revolución industrial mundial que desforestó el planeta, contaminó sus mares y ríos, envenenó su aire y destruyó la capa de ozono; en palabras de Stephen Jay Gould, en su relación con el ambiente, la humanidad parece librar una guerra civil contra sí misma. El dilema finisecular es cómo mantener el crecimiento económico necesario para sustentar una población mundial que podría estabilizarse en unos 10.000 millones de personas en el 2030, y cuyas expectativas sociales y políticas son ampliar y diversificar sus niveles de consumo, sin provocar una catástrofe irreversible en el medio. La cuestión es tanto más compleja cuanto la dinámica de mercado intensifica una competencia capitalista transnacional que tiende a escapar a los controles de la sociedad y el Estado.

Fue, como en la casa de los espejos, el siglo de las identidades. Las políticas, ya fueran nacionales, imperialistas, revolucionarias, autonomistas o separatistas, sin olvidar, dentro o junto a las anteriores, las propiamente partidistas y de clase. Las étnicas, que fueron una de las bases de los movimientos por los derechos civiles de la población negra en Estados Unidos y Suráfrica y de las reivindicaciones indígenas en Guatemala y otras partes de América Latina. Las religiosas, a veces racialmente informadas y claves en conflictos como el irlandés, el hindú-pakistaní y el árabe-israelí. Las sexuales, que abrieron un espacio público para homosexuales y lesbianas. Las generacionales, certificadas científicamente por la psicología, explotadas de manera sistemática por la publicidad en pro del consumo diferenciado y fundamento de una cultura juvenil transnacional que encontró su mejor símbolo en los jeans. Y las de género, expresión de los movimientos feministas y del impacto que el feminismo ha tenido en las ciencias sociales, sin excluir la historia.

Fue, para honor del viejo adagio de Marx de que el desarrollo de una sociedad se mide por la posición social de la mujer, el siglo de las mujeres. Los derechos políticos, el trabajo asalariado fuera del hogar, la educación y el control de su capacidad reproductiva mediante los métodos anticonceptivos, convirtieron a las "esclavas de ayer" (según las define una estrofa del himno del Colegio Superior de Señoritas de Costa Rica) en personas y ciudadanas libres con sus propios proyectos sociales y de vida. La magnitud de este cambio fundamental, a veces oculto por las formas de violencia, subordinación y discriminación que ciertamente enfrentan todavía, no tiene precedente en la historia humana y es un factor esencial para explicar la revolución cultural posterior a 1950, desde las transformaciones experimentadas por las relaciones de pareja, la sexualidad y la familia hasta el ascenso del individualismo y el retroceso ideológico de las iglesias, en cuenta de la católica.

Fue, gracias a los derechos civiles y de consumo ganados por los hombres y las mujeres comunes, el siglo

\* Conferencia dictada en el Centro Cultural Español en septiembre de 1999.

# "El sello del Ángel"

## Premio Nacional de Ensayo 2000

Guillermo Barzuna

"Un hilo de palabras es la vida"  
Carlos Duverrán.

de la cultura de masas, esencialmente audiovisual y, a largo plazo, cada vez más influida por un modelo estadounidense, difusor de los estilos de vida *made in USA*. La prensa diaria, pero sobre todo la radio, el cine y la televisión se apropiaron de diversos contenidos culturales de origen popular y los convirtieron en la base de una nueva industria, decisivamente condicionada por la publicidad y el mercado, y clave para llenar el tiempo de ocio. La "alta cultura", en contraste, se eclipsó (el caso clásico fue la música clásica), buscó refugio financiero en las universidades (tabla de salvación de los escritores de ficción no comerciales y de los poetas) o procuró adaptarse al nuevo orden, como fue la experiencia de los compositores incidentales, de los guionistas cinematográficos o de los cantautores.

Fue, en revancha de una tradición cultural que parte del Renacimiento, el siglo del arte y la literatura no europeos. La recuperación de las obras artísticas de las civilizaciones antiguas de África, Asia y América, gracias a los trabajos arqueológicos, fue el inicio de una revaloración decisiva del quehacer de los creadores contemporáneos de esos continentes, apoyado a menudo por el desarrollo de las cinematografías nacionales. La narrativa americana —en inglés y español— trastocó, a su vez, el mapa literario mundial, al que aportó desde las predicaciones y predicamentos de Elmer Gantry o la ética de Philip Marlowe hasta la invención de Morel o la soledad de Pedro Páramo, sin olvidar las hojas de hierba de Whitman o el azul dariano.

Fue el siglo de la ciencia ficción y el siglo en que la ciencia ficción dejó de serlo, ya que muchas de las más extrañas invenciones y de las peores pesadillas que describieron sus cultivadores, y otras que ni siquiera imaginaron, encontraron vías para su realización. La ciencia y la tecnología transformaron la vida y el quehacer cotidiano de la población mundial en una escala sin comparación con el pasado, un proceso en cuyo curso los nuevos aprendices de brujo abrieron la caja de Pandora de una vez y para siempre. La física nuclear, entre varias posibilidades, dotó a la humanidad del conocimiento y el instrumental para aniquilarse a sí misma masivamente, en tanto que la revolución en la genética le ha abierto la puerta para experimentar con la biotecnología. La teoría del caos, aplicada a la dinámica científico-tecnológica, valida constante y —en ocasiones— ominosamente su propio principio de incertidumbre.

Fue, como lo señala el historiador Eric Hobsbawm, un "siglo corto", que empezó tarde, en el marco de la utopía revolucionaria convocada por el triunfo bolchevique de 1917, y que terminó temprano, en 1991, con el derrumbe del mundo soviético (prologado por la caída del muro de Berlín en 1989), y en medio del desencanto y la desesperanza. Fue un siglo con el que concluyó un milenio (por lo menos según la cronología occidental) y también modos de vida y visiones de mundo de orígenes milenarios. Fue el siglo en el que comunidades y familias, que fueron el eje de la sociedad en el pasado, empezaron a ser sustituidas por ciudades anónimas, cada vez más atomizadas. Fue, gracias a vanguardias intelectuales, científicas, artísticas y políticas identificadas con la crítica de lo establecido y con la reforma social, el siglo de la modernidad, y en su ocaso, el de la posmodernidad, que es la modernidad sin vanguardias.

Fue, en fin, el siglo que engendró la globalización: esta nueva etapa del capitalismo, que empezó a configurarse después de 1960, pese a sus atractivos tecnológicos y de otro tipo, está dominada por una dinámica adversa a la ecología y a la justicia social. La cultura global, que se levanta sobre las cenizas de las viejas utopías y de los antiguos vínculos solidarios de carácter familiar y comunal, tiende a convertir a los ciudadanos imaginados por los liberales de otrora en simples consumidores, sin más responsabilidad colectiva que la satisfacción de sus expectativas y necesidades individuales (como lo expresó Margaret Thatcher, "no existe la sociedad, solo los individuos"). El último y más terrible legado del siglo XX fue este nuevo "Prometeo desencadenado", y en ninguna póliza de seguro consta que, en un contexto de destrucción ecológica creciente y de pobreza agudizada, ese accidente que es la civilización humana vaya, obligatoriamente, a sobrevivir a su furia.

### Bibliografía mínima

- Benz, Wolfgang y Graml, Herman, *El siglo XX. III. Problemas mundiales entre los dos bloques de poder*, 4a. edición. México, Siglo XXI Editores, 1984.
- Bethell, Leslie, ed., *Latin America. Politics and Society Since 1930*. Cambridge, Cambridge University Press, 1998.
- Hobsbawm, Eric, *Age of Extremes. The Short Twentieth Century 1914-1991*. London, Abacus, 1995.
- con Polito, Antonio, *On the Edge of the New Century*. New York, The New Press, 2000.
- Sánchez-Albornoz, Nicolás, *La población de América Latina. Desde los tiempos precolombinos al año 2000*, 2da. edición. Madrid, Alianza Editorial, 1977.
- Williams, Raymond, *Hacia el año 2000*. Barcelona, Editorial Crítica, 1984.
- Wills, Gary, "A Reader's Guide to the Century". *New York Review of Books*. XLVI: 12 (July 15, 1999), pp. 24-28.

Más que ángeles, un ángel recorre y acompaña todo este libro de Margarita Rojas y Flora Ovares, alzando vuelo desde las primeras palabras hasta el párrafo de cierre. Un ángel transita en el libro. En este transitar se fragmenta, se multiplica, une, y se manifiesta de diversas formas:

Un ángel funda la escritura del texto, en su estratégica retórica, en el proceso de seducción que establece con el lector. Nos guía, nos evoca y nos provoca a partir de los enunciados, y de la literatura que confronta con gran erudición.

Angeles sí, pueblan las diversas páginas como tópicos recurrentes con el decir de los escritores. Múltiples voces se hacen presentes, lírica, ensayo, narrativa. De Coronel Urtecho a Isaac Felipe Azoifea por citar dos referencias.

Ángel, pero esta vez en la connotación lorquiana, de instaurar una luminosa magia y lucidez en la interpretación rigurosa y creativa de la diégesis literaria del siglo XX en Centroamérica.

Y Ángel en la complicidad para confrontar lo verosímil del discurso, su polémica referencia y la dimensión estética de la producción del istmo.

En particular, considero que uno de los aportes más valiosos del texto es la aventura por sentar las bases de una poética sustentada sobre todo en la retórica vanguardista. En este sentido el libro analiza el difícil camino de la ruptura y persistencia del modernismo en los poetas de la región en las primeras dos décadas del siglo XX. Se legitima su intento por fundar esas dimensiones de escritura, en las cuales se privilegia la identidad del escritor, el contacto con las vanguardias europeas y la asimilación de cánones estéticos sin preocuparse mucho de si son o no regionales.

De ahí que la poética se centre en el proceso de la lucha de los creadores con el lenguaje, en el intento por crear una estrategia simbólica que adecue lo nacional con el reconocimiento de la otredad en la búsqueda por las identidades.

"Mi identidad cobra vida porque hay otro que me observa y a la vez la silenciosa materialidad del mundo adquiere sentido al ser blanco de los sujetos de la comunicación".

Ante la consabida pregunta en el entramado sobre la identidad "De dónde venimos, quiénes somos, hacia dónde vamos; las autoras legitiman sobre todo el "quiénes somos", quién soy. Es la propuesta de una poética de la identidad/alteridad del escritor. Es el creador quien precisamente fragmenta su visión en el afán de crear un texto más integrador. El lenguaje, la escritura en particular sería el vehículo para conformar la visión de su identidad. Y dentro de la fragmentación de sentidos, uno de ellos, el discurso erótico-amoroso surge como analogía de la creación artística. "El deseo de la amada corresponde a la búsqueda de la literatura y la energía que mueve la creación artística, es una forma de amor y erotismo".

Metáfora pues, de la escritura poética, en cuanto la literatura es portadora de dos signos necesarios para una buena relación amorosa: la invención y la libertad.

Pero de nuevo la figura del ángel acompaña la configuración de la poética. Tanto escritor como lector ingresa en una crisis (en el buen sentido del término, en una constante lucha por crear, por imaginar "lo trascendente", por descifrar lo que se quiere nombrar. El ángel entonces sería su cómplice, su aliado; quien dará luz o sombra a la creación en ciernes.

Escribirse a uno mismo como un espacio que recorre la mirada del hablante. Escribir, nombrar es hacer resurgir las cosas es, fundamentalmente, dibujar el entramado de nuestra existencia.

La diversidad de voces y de temas de la literatura centroamericana que se reúnen en el texto es bastante amplia. Estos conforman a la vez un vasto recorrido por la caprichosa geografía de nuestros paisajes culturales; de los espacios urbanos al fuero de la interioridad; de la búsqueda y construcción de un sentido de pertenencia a una corriente artística, como por ejemplo la vanguardia centroamericana. Sin olvidar la atenta escucha

Flora Ovares

Margarita Rojas



el sello del ángel

ensayos sobre literatura centroamericana



de voces que se encuentran a veces confinadas a cierta marginalidad (Eunice Odio, entre otras).

El libro representa una mirada bastante creativa hacia los cánones estéticos y su aplicación a la literatura centroamericana, que no aparece necesariamente vinculado con los tópicos tradicionales de la expresión de un temperamento o de una idiosincrasia nacional. Se escudriñan más bien los espacios propios de una escritura íntima; se hace una lectura implícita de la historia, de los espacios, se cita, se ironiza, se parodia, en algún grado, cierta tradición literaria. Se reconoce la otredad. Se legitima el allá entonces con el aquí ahora. Se respetan las propuestas literarias de autor o de generación de autores. Su defensa como escritor, su propia búsqueda de identidad por medio de la escritura.

Hay en su acercamiento un riguroso trabajo con los textos y sus intertextos, sus bordes con otros espacios imaginados, y con las expresiones literarias surgidas durante el siglo XX.

Asimismo no se evade, sino que se asume a partir de la literatura escogida, la polémica entre nacionalismo y cosmopolitismo, sobre todo a partir de los textos de manufactura vanguardista. Lo anterior como un reconocimiento hacia los ideales estéticos de los escritores y en torno al pleno ejercicio de las libertades de criterio y de escogencia de los cánones. Más allá de un posible "arte comprometido o no", se legitima la elección del escritor hacia lo nacional o cosmopolita, que al final de cuentas deviene en un sincretismo a la hora de elaborar el texto.

Por último, pienso a raíz de la lectura del libro, que la literatura se ha resistido siempre a los confinamientos: tiene una vocación transcultural y libertaria. Archivar sus materiales como regionales o cosmopolitas "per se" ha sido una de las tentaciones más persistentes en cierta crítica latinoamericana, por dicha cada vez menos frecuente. Las múltiples lógicas de producción y circulación de sentido, entre ellos, las imágenes del cine, la cultura mediática, la apropiación de la cultura popular, la literatura de género, configuran otros mapas de este rico y diverso continente simbólico que es América Latina.

Precisamente esta cartografía se expresa con gran lucidez y acierto en las casi 370 páginas de El Sello del Ángel, al cual considero un verdadero elogio al intelecto. Además, me reforzó la idea de que los ángeles existen, están por ahí, entrañables, como la constitución de este intenso libro.

El Sello del Ángel

Ensayos sobre literatura centroamericana  
Flora Ovares Ramírez/Margarita Rojas González  
Heredia, C.R., EUNA. 2000

## TOPICOS DEL HUMANISMO

Universidad Nacional  
Centro de Estudios Generales  
Apartado 86-3000  
Costa Rica, América Latina  
Teléfono 277-3307

### MIEMBROS DE LA COMISION EDITORIAL:

*M.Sc. Carlos Araya Guillén.* Vice-  
decano del Centro de Estudios Gene-  
rales.

*Profesor: Alfonso Chase Brenes.* Es-  
critor. Premio Magón, 1999.

*Lic. Gerardo César Hurtado Ortiz.*  
Académico y escritor.

### ARTES FINALES:

*Victor Hugo Navarro*

UNA  
UNIVERSIDAD  
NACIONAL  
COSTA RICA

Impreso en  
el Programa de Publicaciones e  
Impresiones de la  
Universidad Nacional

# PRESENTACION

Suele decirse que el siglo XX es un siglo de las aspiraciones de la humanidad hacia el progreso, pero que éste es un fracaso significativo, en cuanto surgieron las guerras y las contaminaciones étnicas, las derrotas en las circunstancias de tecnología para los países del tercer mundo, la idea de unas murallas que cercan la intolerancia, el mundo de la libertad y la violencia. Todo lo anterior nos hace meditar sobre el quantum inacabado de un mundo en crisis, y en medio la supervivencia de grandes continentes unificados por la creencia en el fin de la historia, y vuelto el planeta al fenómeno de la globalización, y enfrentados con hechos a las latentes fuerzas ocultas políticas que quieren en nombre de la humanidad acabar con lo creado en el arte y el arte de buen vivir. El siglo de la cultura de masas, de la identidad y las transformaciones sociales, del rompimiento de todo tipo de edad para la política y el desarrollo de las formas más aceleradas del neocapitalismo es lo que nos sugieren los autores de los dos ensayos que preceden, a que usted, amable lector, pueda interpretar lo que subyace de trasfondo en estos dos importantes trabajos. Luego, pueden leer, sobre el arte de la poesía, y su buena lectura a través de la mirada crítica. Y no olvidar, también, los epitafios para un siglo atroz que ha permeado la violencia y el desencanto, así como su esperanza en el nuevo milenio.

*Gerardo César Hurtado Ortiz*

Editor

Ilustración de portada: William Bonilla